PEDRO G. FOURCADE

RESONANCIAS
DEL
REAL DE SAN CARLOS

(PRIMER LIBRO)

CIUDAD DE MONTEVIDEO
R. O. DEL URUGUAY
1963

Propiedad del Autor.

Queda hecho el registro y depósito de ley.

PEDRO G. FOURCADE

RESONANCIAS DEL REAL DE SAN CARLOS

(PRIMER LIBRO)

CIUDAD DE MONTEVIDEO
R. O. DEL URUGUAY
1963

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LITERARIAS

SELVA (Versos).
BANDERILLAS Y SERPENTINAS (Prosa).
BARRIO FLORES (Prosa).
CANASTILLA CRUCEÑA (Versos).
RESONANCIAS DEL REAL DE SAN CARLOS (Prosa).

CIENTIFICAS

LOS IMPUESTOS (Monografía de Finanzas).
NOCIONES DE ORGANIZACION.
ADMINISTRATIVA (Monografía de Técnica Contable - Administrativa).
RENDICIONES DE CUENTAS EN LA HACIENDA PUBLICA (Monografía de Contabilidad).

MUSICALES

ALVARITO (polca paraguaya).
I PORA NDE RESA JHU (polca paraguaya).
PARAGUAYITA GUAYRA POTY (polca paraguaya).
CHE RECOBE (polca paraguaya).
DIVINA CONSTELACION (polca paraguaya).
NIDIA CARMEN (polca paraguaya).
SOLEDAD (canción paraguaya).
CHE CORALITO (guarania).
REAL DE SAN CARLOS (valseado).
URUGUAY RETA (polca paraguaya).
SERENATA SANTACRUCEÑA (valseado).
MARIA ADELA (polca paraguaya).

EN PREPARACION

CIENTIFICAS

EL PROBLEMA DE LAS REGISTRACIONES EN LA HACIENDA DEL ESTADO (Estudio Contable).

LITERARIAS

AMAPOLAS DEL CAMINO (Prosa).

PEDRO G. FOURCADE
CONTADOR PUBLICO
MONTEVIDEO-PANDO

LO QUE FUE Y LO QUE PUDO HABER SIDO EL REAL DE SAN CARLOS

REALIDADES, PERSPECTIVAS Y ESPERANZAS

En ediciones pasadas de un diario metropolitano apareció una interesante publicación titulada "La casi increíble historia del Real de San Carlos", que he leído con espontánea atención. El autor de los presentes comentarios, que tiene semiconcluído un trabajo de corte histórico vinculado al tema y que quizás verá la luz en fecha próxima, confirma muchas de las manifestaciones del articulista, las cuales, no obstante, merecen las ampliaciones que se estampan en las páginas que siguen.

En "La casi increíble historia del Real de San Carlos" se alude a los vastos desembarcaderos, a la maravillosa Plaza de Toros, con capacidad para más de quince mil espectadores, al majestuoso Frontón, susceptible de contener seis mil aficionados y al Teatro y al Hotel. Hubo, también, un kiosco de variedades, que fue lo primero que desapareció...

Del Hotel-Casino, que aun existe y que se mira en apariencias de transformación y ensanche, pensábase destinar, más adelante, un sector para alojamiento del funcionariado administrativo, de la servidumbre y otros colaborantes de la Empresa, en mérito a que se había proyectado erigir sobre la propia playa del Real de San Carlos un nuevo espacioso Gran Hotel, de clásicos perfiles y admirable suntuosidad. Asimismo, dentro del plan general de obras, algunas en vísperas de realización, contábase, en el Coliseo Taurino, el levantamiento de una segunda ringla de palquillos, con su respectiva techumbre de tejas, y la construcción de una hermosa avenida costanera, surcada por tranvías eléctricos e iluminada por arcos voltáicos, que uniera la histórica ciudad de Colonia con el edénico Real de San Carlos. Inclusive, el Organo Directivo de la firma explotadora y el Administrador del Ferrocarril Central del Uruguay, señor Charles W. Bayne, ya andaban, de consuno, auscultando las posibilidades de torcer un ramal de la vía férrea de la Estación Colonia y prolongarlo hasta los fondos de la Plaza de Toros.

Tres o cuatro lustros, no más, de actividad normal y sin trabas de la progresista Entidad y tan promisorio alborear hubiérase resuelto en una estupenda realidad económico-social.

EL TURISMO

El autor del suelto premencionado refiere al aspecto turístico y transcribe números que le fueron proporcionados. Y expresa que en el día de la deslumbrante inauguración oficial de la primer temporada en el Real de San Carlos, acaecida el nueve de enero de mil novecientos diez, se fletaron desde Buenos Aires rumbo a Colonia nueve vapores y que llegaron al paraje alrededor de diez mil turistas argentinos y casi ochocientos de Montevideo.

El dato es justo y está documentadamente probado. Pero cabe destacarse que ambos guarismos concretos que, sumados, frisan en once mil visitantes, con el correr de los días, fueron superados. En efecto: el Escribano Isaías

Ximénez, diputado por Colonia por el extinto Partido Colorado Radical, en una oportunidad, recibió la cantidad, cuidadosamente elaborada y contraloreada a conciencia, de dieciocho mil forasteros que descendieron en Colonia entre un sábado y un domingo. Dieciocho mil turistas que se desparramaron por la pintoresca localidad y asistieron a las diversiones, dejando, en trueque de sus horas de solaz, decenas de millares de muy buenos pesos.

Se impone aclarar que, al revés de lo que es común creencia, al Real de San Carlos no arribaban exclusivamente pasajeros de Montevideo y Buenos Aires, sino que también venían nutridas caravanas procedentes del interior uruguayo, del litoral argentino y hasta del sur brasilero. Durante el trienio mil novecientos diez-doce, partieron desde Santa Ana de Livramento camino del mentado balneario del oeste varias excursiones, totalizando, cualquiera de ellas, cifra superior a cien viajeros. Se largaron desde el lueñe poblado fronterizo, donde a la sazón habían corridas de toros y cálida afición por ellas, principalmente, para ver actuar al gallardo Bombita, al Maestro Bombita, el mismo que, en Madrid, en un sensacional veredicto popular, coetáneo de los hechos que relato, fuese proclamado el mejor torero del Mundo.

Aludiendo a la apertura de la segunda temporada en el Real de San Carlos, ocurrida el veintisiete de noviembre de mil novecientos diez, crónicas de la época notician que en ese día atracaron a los muelles y andenes del sitio, diez barcos provenientes de Buenos Aires y dos kilométricos trenes expresos bajados de la Capital. El impresionante hormiguero humano, traído por los dos medios de movilidad citados, vióse desmesuradamente engrosado por las copiosas muchedumbres transportadas desde Colonia Suiza, Tarariras, Conchillas, Rosario, Cardona, Dolores y Mercedes por un tumultuoso río de volantas, diligencias, breques, cupés, landós y carros y carretas y jardineras. El periódico "La Colonia", más o menos y globalmente, estimó en unos ocho mil el número de concurrentes a la fiesta brava que tuvo lugar por la tarde y en la cual fueron ovacionados con entusiasmo delirante los diestros de alternativa Camisero, Rerre y Revertito. Los balancetes de las taquillas más un complejo de afines escrituraciones e informes suplementarios, algunos de los cuales me los facilitó el Contador Público Juan P. De Barbieri, han posibilitado el ajuste y la amplificación que continúan:

a) turistas ingresados en el lugar y en la fecha: unos diez mil quinientos; y

b) personas que presenciaron la corrida de toros: ocho mil setecientos treinta.

La fracción de público con que Colonia del Sacramento contribuyó a los espectáculos, dícese que fue en todo instante reducida. Quienes ejercieron el gobierno del Ente la ubicaron entre un cinco y un seis por ciento de los integrales gentíos arribantes. Y en la iracunda réplica de aquel trisemanario a la impertinencia de un diario capitaleño se patentiza que los porcentajes calculados navegaron con buena orientación.

Concretando: cuanto se ha predetallado y lo que se va acoplando más adelante, constituyen las graníticas premisas que dan sólido fundamento a este par de conclusiones:

a) que el Real de San Carlos vivió casi exclusivamente del turismo foráneo; y

b) que las masas turísticas que se volcaron sobre la legendaria costa fueron extraordinarias en cantidad y de óptima categoría social.

EL MUEBLAJE Y LA VAJILLA. NUMEROS EXACTOS QUE PARECEN IMPOSIBLES

Asimismo, en el artículo rotulado "La casi increíble historia del Real de San Carlos" se miran trasladadas significativas manifestaciones del que fuera empleado y luego ascendido a administrador de la Sociedad, señor José Llanas, relacionadas con la abundantísima y costosa vajilla del Real de San Carlos. Esa utilería era originaria de Baviera y Austria-Hungría y los tapices y camas de bronce, según se me informó, de Francia e Inglaterra, respectivamente. Dijo así el señor Llanas: *"Tengo las cifras exactas e incluso poseo las boletas de pago. Juegos de café solamente eran cuarenta y siete mil. Los platos de uso diario pasaban de treinta mil. Los vasos eran más de cien mil".*

Cuarenta y siete mil pocillos y platillos; más de treinta mil platos; más de cien mil vasos... Conservando la adecuada proporción, discurra el leyente lo que sería el resto. Y repare, pondere y medite que eso acontecía a principios del siglo actual...

Don Pepe Llanas refirióse concretamente, por supuesto, al utilaje de cotidiano empleo, de esmerada fabricación y que todavía, a cincuenta años de aquella fecha, se encuentra por todas partes. Pero, además de éste, existió una apreciable partida de platería y cristalería de lujo, realmente artísticas y de elevada cotización financiera. Remitiéndome a comentarios que circularon, tan primoroso lote de activo suntuario habría sido devuelto a Buenos Aires.

A las enumeraciones precedentes corresponde añadir cerca de cinco mil sillas de Viena, desarmables, de sólida madera estacionada, que fueron importadas. Cierta cantidad de ellas permaneció durante luengos años depositada en los hangares de la Aduana.

El autor de la presente exposición no descarta la posibilidad de que alguien conceptúe un tanto exagerados algunos guarismos. Sin embargo, todo lo narrado es verídico y descansa sobre la base inconmovible, con preponderancia, de infinidad de testigos oculares, dignos de total crédito, y, también, de comprobantes y documentos radicados acá y en la Argentina. Es que en el Real de San Carlos todo se hizo a lo grande, en un desbordamiento de lujo y opulencia dignos de marajáes de la India y puestas las nobles miras, con optimismo e idealidad trenzadas, en un futuro de colosales dimensiones socio-económicas, que hubieran metamorfoseado la apacible y diminuta Colonia en uno de los principales balnearios de moda no sólo del Uruguay sino de Sudamérica.

Después de cuanto se gastó, se perdió, se rompió y se tiró y se volatilizó, al Real de San Carlos no solamente le sobró vajilla para inundar con ella los diecinueve departamentos de la República sino que, encima, poseyó el suficiente remanente hasta para exportar objetos a colindantes villas extranjeras. Yo he hallado platos, tazas, fuentes, palilleros y centros de mesa del Real de San Carlos, en la Pensión Roma y en el Hotel Gerundo de la brasileña ciudad de Yaguarón y en una kermesse organizada por una corporación católica en la urbe argentina Concordia.

En otra ocasión, deferentemente invitado por el Doctor Justo Pintos y

los señores Gualberto Coll Ponce de León y José Marcos Merido a asistir a una cena rotaria en la soñadora población entrerriana Concepción del Uruguay, al sentarnos a la mesa, los comensales uruguayos notamos con grata emoción que hartas unidades de la loza ostentaban el simpático e inconfundible sello de la que fuera poderosa hacienda especulativa de Colonia.

Por último, cúmpleme destacar que, en días más recientes, la señorita Mabel Nin y la señora Amalia Rivadavia de Villafañe, respectivamente, mostráronme una vistosa azucarera floreada y un juego de te incompleto, de fina porcelana decorada, marcadas todas dichas piezas con el distintivo del Real de San Carlos. Este hallazgo consiente la hipótesis de que también pudo existir alguna porción de locería de lujo para las solemnidades u otros momentos de similar jaez.

TIEMPOS QUE JAMAS VOLVERAN...!

Cuando el Real de San Carlos y la Colonia del Sacramento avanzaban felices por aquella rosaleda de venturas, yo contaba muy pocos años de edad. Vale decir, por tanto, y quiérase o no, que mis recuerdos personales al respecto deben de pecar por difumados e imprecisos, por remate. Fluye de ahí que los pilotes en que apoya mi modesto trabajo histórico hube de procurármelos en la Biblioteca Nacional, en correspondencias privadas, en registraciones contables y, sobre todo, en testimonios dignos de fe, de condueños y agentes de la razón social y de turistas y visitantes. Entre los últimos incluyo a mi querido Padre, aquel noble y estudioso caballero que en vida se llamó Miguel Gervasio Fourcade Irigaray.

Interminable y fastidioso, por ende, sería reproducir aquí las pilas de relatos escuchados que, en mi fuero interno, he tamizado con prudencia, atajando cuanto olía a exagerado o fantasmagórico. Por eso y por ser ambas densamente sintéticas, prefiero insertar las declaraciones que subsiguen.

Díjome cierta vez el Arquitecto Alfredo Nin, en tanto que encendían sus ojos las brasas de los recuerdos y huían sus miradas como en pos de una acariciadora lejanía: *"Unicamente viéndolo, como yo lo ví, puede uno formarse cabal concepto de lo que era el Real de San Carlos...! ¡Qué gentíos impresionantes! ¡Qué turismo más seleccionado! Era mucha la variedad de espectáculos y corría con abundancia el dinero y florecían las esperanzas. ¿A que altura hubiera subido Colonia si las cosas hubieran rodado tal como se pensaron?"*

Años después, en el Centro del Comercio de Santa Ana, de sobremesa de una cena rotaria, a donde fuí llevado por el Farmacéutico Luis María Royol y el Escribano Fernando Segarra, una afortunada casualidad me permitió departir con el retesimpático y muy instruído señor Damasceno Machado Fagóundes, ex vecino del sitio y que integrara todas las añejas excursiones Livramento-Real de San Carlos.

Lo interrogué expresamente acerca de las impresiones que recogió por aquellos tiempos en el Balneario y entonces me respondió lo que más abajo se consigna, que reproduje a la letra en mi cuadernete de apuntes y, al otro día, traduje al español, merced al asesoramiento prestádome por el anterreferido señor Segarra, quien, a fuer de habitante de la frontera, dominaba el meloso idioma de Camoes y Guerra Junqueiro.

De esta suerte habló el señor Machado Fagóundes: *"El Real de San Carlos en esa época pareció ser como un centro de reunión de la mejor so-*

ciedad del Río de la Plata y reflejaba un lujo y una etiqueta sorprendentes. Recurriré a la expresión figurada y a la comparación para aclarar mejor mi pensamiento. El recuerdo del Real de San Carlos toda vez se abre en el fondo de mi espíritu al igual que esos abanicos franceses repletos de medallones con imágenes diferentes, a cual de ellas más atrayentes, más sugestivas. Hasta la naturaleza, con sus arboledas y su playa y su río sembrado de islas, parecía haberse convertido en el marco propicio para todo lo que dentro de él se producía y se sucedía: lindas corridas de toros, reñidos partidos de pelota, interesantes carreras de pingos y sortijas, atracciones teatrales, emociones del juego, pasatiempos a granel, irresistible encanto de los desfiles de elegantes damas argentinas, verdaderos figurines, hermoso desfile de las niñas colonienses..." (El recordó insistentemente a una...)

"Guardo también un recuerdo imborrable de unos carnavales en el Real de San Carlos. El corso estuvo bastante animado; hubo carros con arte adornados, se tiraron toneladas de serpentinas y papelitos y me encantó la batalla de flores. Luego hubo concurso de comparsas sobre la arena de la Plaza. Terminado el corso, se prendieron fuegos artificiales y después... todo el mundo a bailar. Una buena orquesta ejecutó un alegre repertorio y se bailó hasta el alba. Se bailó con un entusiasmo y una cultura como ya no se ve en nuestros días". (Y queda y cariciosamente, como si fuera el eco de una romanza muy dulce y muy lejana, el nombre de la admirada quinceañera coloniense resonó otra vez en la sala; y fue evocada su figurita, deliciosa y frágil, disfrazada de japonesita, con los cabellos perfumados de heliotropo...)

Don Damasceno enmudeció de golpe, permaneciendo como abstraído. Y se expandió por la estancia un intervalo de hondo silencio. Mi interrogado, con seguridad, estaría reconcentrado en la resurrección íntima de cuadros de sus mocedades, adorables reviviscencias que siempre tienen para los resecos y agrietados corazones de los maduros la frescura sedante de las pomadas balsámicas. De estampía, arrugó el ceño, en un mohín de contrariedad y retomó la palabra; mas esta vez tremante de fastidio y pena: *"Cuando después de más de treinta años de alejamiento, en el último verano, en compañía de vuestro compatriota el Doctor Muchada, pasé por el Real de San Carlos, al contemplar las ruinas y el desastre que allí se observa, sentí llenarse mis ojos de lágrimas y anudarse mi garganta. ¡Qué inconciencia la del Gobierno Uruguayo y, sobre todo, cuán lamentable la indiferencia y el desamor de los colonienses al permtiir que se hundiera tan millonario patrimonio, fuente de riquezas, motor de progreso y hasta legítimo orgullo de Colonia!*

No me explico, no puedo explicarme como no se constituyó enseguida una agrupación de localistas para impedir esa catástrofe y pelear como leones hasta hacer reflorecer tan valioso cúmulo de riquezas. Los resquebrajamientos del cemento, el maderamen podrido, los hierros oxidados, las cosas desaparecidas, todo eso pudo impedirse a tiempo, porque en un principio fueron insignificancias.

No me vengan con la aburrida matraca de las dificultades y los imposibles, porque cuando se siente verdadero amor por una causa y hay energía y perseverancia los imposibles y las dificultades siempre se vencen. Y los recursos financieros son como las vetas de agua: si se les busca con ahinco, aparecen; porque en algún lado existen".

Tales las palabras del caballeroso riograndense don Damasceno Machado Fagóundes, de Colonia sincero y ferviente admirador.

REMEMBRANZAS DE ANTAÑO. COLONIA DEL SACRAMENTO, PENSIL DE MI PATRIA

El examen de los programas de fiestas en el Real de San Carlos y la lectura de las crónicas posteriores, certificando las realizaciones y calificándolas, ponen de relieve el ímprobo esfuerzo desplegado por la Compañía y concesionarios para satisfacer las exigencias de sus clientelas turísticas.

Los espectáculos del Anillo Taurino, del Frontón, del Teatro y del Casino, que llamaremos principales, mirábanse intercalados por diferentes pasatiempos, destinados a mantener constantemente invariable la natural atención de los visitantes. Hoy se organizaba un atrayente concurso de mantones y mantillas, acto que alcanzó un éxito insospechado y durante cuyo desenvolvimiento las chicas localistas no cedieron un ápice en donosura y altivez a las más estiradas forasteras. En el domingo anterior hubieron exhibiciones de luchas romanas y números de gimnasia y calistenia y a la semana siguiente se corrieron típicas carreras de sortijas. Más adelante, el intrépido aviador italiano Bartolomé Cattáneo dejaba boquiabierto al público con sus audaces evoluciones y semanas luego era su colega el belga André, quien, con su biplano Farman, pasmaba de asombro a la concurrencia, volando, sin tropiezos, algunos kilómetros. Y en otras oportunidades los espectadores desternillábanse de risa siguiendo las incidencias de la cómica lucha entre el acorazado Terror y el Toro Plutón; o se divertían frente a las garambainas, contorsiones y mojigangas de trashumantes pipirijainas; o se distraían con los concursos de pesca; o con los certámenes de cantos y payadas; y etcétera, etcétera...

Entre las férreas arcadas de la Plaza de Toros habíanse ubicado para los niños de seis a sesenta años la mayoría de los aparatos que se encuentran en nuestro Parque Rodó y en las verbenas madrileñas. Desde el tiro al blanco, a un blanco que nunca se pega, por ducho que sea el tirador, hasta la policroma y titilante calesita, pasando por el tobogán aéreo, el sapo traga-monedas y la pianola organillo.

Clausurada la temporada veraniega, magüer asaz disminuídos, persistían la animación y el movimiento en el Real de San Carlos. Las comodidades de los inmuebles del Balneario, los mullidos caminos, festonados de lujuriosa vegetación, los aledaños, tupidos de verdes frondas susurrantes y la bonanza de sus otoños y sus soleados mediodías invernales, atraían a cantidad de respetables familias colonienses y porteñas. Menudeaban los almuerzos campestres y se multiplicaban las reuniones y cabalgatas. Las jovencitas lucían su destreza en el juego de los arcos, del volante y del "diávolo"; y rivalizaban en remilgos, en efectistas caídas de ojos y en sonrisas previamente estudiadas frente al espejo... Y, de vez en cuando, si bien con menor frecuencia que la anhelada, caía en la trampa alguno de los suspirados y ensoñados candidatos para el Registro Civil.

También allí tuvieron lugar fructíferas reuniones gremiales y políticas, nacionales y extranjeras, que serán detalladas pormenorizadamente en mi próximo trabajo, mereciendo párrafo en bastardilla el trascendental Congreso de Confraternidad Estudiantil Uruguayo-Argentino, efectuado el veintiuno de setiembre de mil novecientos once. En esa ocasión, sobre los embaldosados patios de la Plaza de Toros, el Hotel Esperanza sirvió un opíparo almuerzo a mil doscientos noventa y seis comensales. Amenizó la reunión la afamada Banda de la Municipalidad de Buenos Aires; y fue una fiesta inte-

lectual de campanillas, de duradera retumbancia, vivamente comentada en todos los círculos de estudio sudamericanos.

Colonia del Sacramento ha sido un rincón predilecto del corazón de Dios. Ningún retazo de mi Uruguay consiguió atesorar como él, en extensión tan reducida, tanta multivariedad de sublimes atracciones. Tendidos sobre una rocosa punta, vegetando en la indolencia, los históricos vestigios del Barrio Colonial, con sus arcaicas moradas, con sus brujas ventanillas enrejadas, con sus seculares tejados evocadores, con sus angostas callejas, donde vaga errabunda el alma de la raza, con sus carcomidas murallas, desprendiendo sahumerios de epopeya. En la contraria saliente, al margen de las dunas volanderas el esplendente y victorioso dinamismo del moderno Real de San Carlos. Por un lado, emociones profundas, sacudimientos del alma, sabor a Patria Vieja, cofre de alhajas antiguas, exprofeso para un turismo escogido de historiógrafos y artistas. Por el otro, música de holgorio, borrachera de colores y matices, ansias de vida, fiesta de los sentidos. Y enlazando ambos extremos de opuesta fisonomía, la divinal medialuna de una playa de impoluta albura, protegida por el esmeraldino semicírculo de los sotos aborígenes, arrullada y besada con maternal ternura por los pausados tumbos del infinito río, sobre cuyo horizonte plúmbeo llamean, con resplandores de púrpura y oro, de amatista y rosa, los amaneceres y los crepúsculos más maravillosos que hayan visto mis ojos en diez años de perenne viajar. Colonia del Sacramento con el Real de San Carlos ha sido un trozo terrenal favorecido con largueza por la munificencia del Supremo Hacedor, que, en cierto aspecto, todo lo ha tenido y que, para desgracia suya, digo mal, para desgracia nuestra, todo, todo lo ha ido perdiendo...

SINTOMAS INEQUIVOCOS DE UN ESTADO EXCEPCIONAL

A manera de remache, que refuerza la seguridad de lo que se viene aseverando, impónese transcribir dos parágrafos de un enjundioso suelto aparecido, a la sazón, en la significada revista bonaerense "El Intermediario Argentino". Sin desmedro del lenguaje archicorrecto y de la elevación y mesura utilizadas en la glosa, el autor del mismo, tras de deplorar acerbamente el menosprecio del Poder Ejecutivo Uruguayo para con los capitales argentinos, alza, a guisa de estandarte, este puñado de rotundas verdades:

. . . . . .

. . . . . .

"Con la construcción de las grandes obras, Colonia ha reaccionado como lo prueban el gran número de edificios que se han hecho en el último año y los precios que hoy se pagan por terrenos y casas.

Quizá el señor Batlle ignora que hay invertidos tales en el Real más de un millón de pesos oro y que el conjunto de todas las obras que quedan por hacer, como ser: casino, plantaciones, hipódromo, nuevo gran hotel y la adquisición de dos vapores exigirá un capital de tres millones de pesos oro".

. . . . . .

. . . . . .

Invito al lector a reflexionar con serenidad y sin preconceptos. Cuatro

millones de pesos ingresados en mil novecientos doce, en provecho de Colonia. Conviértase dicha remota suma en moneda actual y acumúlense a la misma todas las ganancias logradas en medio siglo de gestión lucrativa. ¿A cuánto asciende ese monto? Y piénsese que tales réditos netos positivos los habría dejado casi por completo el flujo turístico extranacional...

Harto muy antes de que Carrasco y Atlántida y Punta del Este hubieran abierto sus pétalos al claror de la fama, ya los hechos habrían nimbado a Colonia de universal nombradía.

Por su parte el editorial de "La Colonia" del cuatro de marzo de mil novecientos once contiene idénticos datos que el razonable artículo de "El Intermediario Argentino". Enumera las mismas obras realizadas y denuncia, coincidentemente con la publicación porteña, que en la mirífica punta coloniense existía un capital que sobrepasaba el millón de pesos. Y anexa, luego, este sustancioso veraz párrafo:

. . . . . .

"Fuera de estas construcciones la misma Empresa ha adquirido para levantar el gran hotel, casino, hipódromo, baños, etc., todas las tierras necesarias, así como las que destinarán para levantar chalets, de los cuales hay ya proyectados UNA CENTENA de artística arquitectura".

. . . . . .

Y acto seguido, con lujo de detalles, estampa el inventario estimativo y descriptivo de todas las parcelas mercadas, en las cuales se gastó cuatrocientos diez mil doscientos noventa y dos pesos con doce centésimos.

Recapacítese, en poder de cambio, qué significa, traducida en superficies y precios, la cifra de $ 410.292,12, allá por mil novecientos once y en un departamento del interior...

Y, por fin, para que se aquilate en su ajustada medida la idea general que predominaba entonces acerca del presente y futuro del Real de San Carlos, enhebro en mi collar ilustrativo esta cara perla de Oriente:

Peregrinando por Rosario de Santa Fe, la señora Corina L. de Godoy, sobrina y ahijada de un potentado chaqueño, me dió a leer la elocuente misiva que dirigió a su tío el criterioso, avezado y muy lince hombre de negocios francés don Gastón Ferdinand Aiguebonne. Tal carta, datada en veintinueve de setiembre de mil novecientos once, hallábase incorporada a un expediente judicial en manos de la familia.

Con la previa autorización de la gentil dama copié los fragmentos que transcribo, respetando inclusive los defectillos idiomáticos y geográficos y la ocasional arrevesada sintaxis.

. . . . . .

"A respecto de la compra de solares en Playa Pocitos de que me habló, me parece bueno aguardar a ver qué pasa en Colonia. Usted tiene que saber que en el Real de San Carlos se eleva a todo vapor un balneario colosal.

Ya están elevadas la gran plaza de toros, el gran frontón vasco, un buen hotel, buenos muelles, avenida Mihanovich, otras calles y comodidades más. Muy rápido se irán edificando un hermoso nuevo hotel, casino, el balneario, el hipódromo, canchas de football y de tennis, usina eléctrica, bella costanera, ferrocarril del Muelle al núcleo central y de allí a Colonia.

He hablado bastante con los empresarios Mihanovich, Caballero y Malet. Los buenos amigos don Orona y don Barbot me han dicho cosas interesantes. Además, me han mostrado planes, proyectos y permisos. En seguida que se apruebe una ley sobre juegos que será muy rápido, se construirán cien hermosos chalets y para 1913 ó 1914 una segunda tanda de cien chalets más.

Piense bien, mi amigo. No quito un punto la mucha belleza panorámica de Pocitos, que además es playa de aguas saladas. Pero queda muy distante. El ferrocarril es despacio y largo. Veo muchas contras e inconvenientes.

El Real de San Carlos lo tiene allí enfrente. Hay constantes líneas de vapores y hasta puede irse en yate cuando mucha mar picada no importuna. Usted se vería rodeado de amigos y compatriotas. Son muchos los argentinos que construirán en el Real sus casas de veraneo. Y sabe el buen Dios si algún día el Real de San Carlos no llega a ser el primer balneario de ese bello Uruguay, que tanto me recuerda a mi Francia.

Siga mi consejo. Vaya a Colonia, mire y observe. Parle con las personas que nombré. Después decida usted propio. Yo pienso que el lugar para vivir y la mujer para casarse, lo mejor es elegirlas uno mismo. Esto un poco en broma y un mucho en serio. Y cuando se resuelva me tiene siempre a sus gratísimas órdenes y seré muy honrado si puedo servirlo como siempre.

Mis respetos a su señora e hijos. De usted atto. y S. S.

Gastón Ferdinand Aiguebonne."

. . . . . .

. . . . . .

En resumen: los tres ejemplos anteriores, que, adrede, he copiado, se sintetizan o comprimen en tres verdades indiscutibles:

a) que en el año mil novecientos once en el Real de San Carlos ya existía un conjunto de bienes económicos en explotación que sobrepasaban el millón de pesos oro; y que había inquebrantable propósito de elevar tal capital, a cuatro millones de pesos;

b) que era inminente el principio de ejecución de un atrevido plan de obras; que en corto plazo doscientos pomposos chalets erguirían sus esbeltas estampas; y que tales inmuebles, o se arrendarían o se venderían con sujeción a una política jurídico-financiera de insólita liberalidad;

c) que personas observadoras, dueñas de agudo sentido mercantil y turístico, vislumbraban al Real de San Carlos escalando, triunfalmente, el altiplano de principal balneario uruguayo.

ETAPA TAURINA EN COLONIA. TOREROS, PELOTARIS Y ARTISTAS

El postrimer tiempo en que se celebraron corridas de toros en Colonia principió en el año mil novecientos nueve y concluyó a comienzos del mil novecientos trece.

Las primeras lidias de reses bravas efectuáronse en un circo de madera, construído, más o menos, donde se cruzan las arterias Flores y Rivera, siendo concesionario el señor Gaspar Dotres. Notándose que ellas transparentaran convincentes resultas, entonces ideóse la constitución de la sociedad anónima "Real de San Carlos", cuyo inspirador y alentador fue el progresista y talentoso ciudadano don Nicolás Mihanovich (hijo).

En este primer coliseo descollaron por su habilidad y pinturería el veterano Manuel Hermosilla, camarada y rival de Mazzantini, el Templaíto, Iglesias y, sobre todo, Matías Lara (Larita), único por sus acrobacias y saltos al trascuerno.

En el Real de San Carlos torearon los siguientes principales diestros: Ricardo Torres (Bombita), Manuel Torres (Bombita Chico), Fermín Muñoz (Corchaíto), Luis Fernández (Reverte), Juan Sal (Saleri), Joaquín Capa (Capita), Joaquín Hernández (Parrao), Manuel García (Revertito), Manuel González (Rerre), Angel Carmona (Camisero), José Rivas (Morenito de San Bernardo), Emilio Gabarda (Gabardito) y Lucas Guillén (Pajarero). También lidiaron las cuadrillas de aficionados del "Guerrita", de Buenos Aires y el rejoneador Morgado de Covas.

Para la temporada mil novecientos trece, desbaratada por resolución gubernativa, en un tenaz empeño por reavivar la progresiva opacidad de los pósteros espectáculos, habíase concertado la venida de los espadas de buen cartel Manuel Torres (Bombita Chico) y Antonio Pazos; y dábase como reteprobable que con ambos alternara Castor Ibarra (Cocherito de Bilbao). Hay más aún: cuchicheóse por aquellos días que mandatarios, enviados al efecto, ensayaban sondeos primarios en torno al astro del toreo mexicano Rodolfo Gaona. Sin embargo, esta última versión, referente al estilista lidiador azteca, no me convence. Probablemente, o hubo un mal entendido o ardió en los espíritus la fantasía propalada por algún imaginativo tropical.

Dentro del contingente de pelotaris, se hicieron aplaudir por su bizarría y pericia, Pequeño de Abando, Andrés Treset, Machín Suviniaga, Yurrita, Bravo, El Americano, Chiquito de Villabona, Chiquito de Vergara, Chiquito de Eibar, Cecilio Unzueta, Martín Izaguirre y Chiquito de Azpeitia. Jugaban en dos bandos, rojos y azules, y sus faenas provocaban fuertes apuestas.

A despecho de mi afanosa búsqueda, no he podido hallar la lista completa de los buenos artistas, —algunos de real fuste—, que exhibieron sus méritos en el paraje.

Entre crónicas e informaciones coincidentes pude comprobar la actuación de la bailarina española Concepción Martínez, de la cantante criolla Blanca Coral, del bailarín Juanito Pardo (Rey de la Jota), de la artista Antonia Pellicer, del cantor rioplatense Carlos Gardel, de los gimnastas de salón Hermanos Cesario, de la tiple Pepita Castillo y de la Rondalla Riojana.

LO QUE PUDO HABER SIDO EL REAL DE SAN CARLOS. ENSUEÑOS QUE AVENTO EL DESTINO...

Los pronósticos... pronósticos son. (Con permiso, Perogrullo). Al igual que las conjeturas y los vaticinios y concepciones de afín laya, son especulaciones mentales que descienden de la estirpe de las posibilidades. Y suelen no llegar a la madurez o alcanzarla con semblante desfigurado.

Adrede, formulo esta salvedad.

La grandiosidad del Real de San Carlos nació en la mañana del nueve de enero de mil novecientos diez.

Si la Empresa y los concesionarios hubieran sido coadyuvados en sus encomiables esfuerzos y proyectos, como correspondía, como existió obligación moral de hacerse; si órganos de publicidad vinteneros y tarambanas no hubieran exagerado la nota sensacionalista de peligros de revolución en el Uruguay, amedrentando a cientos de veraneantes interesados en disfrutar sus vacaciones en nuestro medio; si el vecindario hubiera respondido mejor a los nobles afanes de los iniciadores (y esto no es una imputación gratuita del autor sino que han sido los propios voceros departamentales quienes lo han enrostrado); si los poderes públicos de ambas riberas platenses no los hubieran desangrado con los mandobles de mortíferas disposiciones; y, también, si un destino sañudo no se hubiera emperrado contra las altas miras del multicápite administrador de la Sociedad; si todo ese alud de injusticias y adversidades no se hubiera desatado contra la naciente prosperidad de allí, a la persona que por el año mil novecientos veinticinco o veintiocho hubiera visitado el Real de San Carlos, Colonia, henchida de justificado orgullo, le habría presentado, como en exquisita bandeja de plata labrada, este asombroso joyel de realizaciones:

a) cómodos y amplios muelles, cortados por una buena estación ferroviaria de hierro galvanizado y madera, con los correspondientes pabellones, oficinas y modernos gabinetes higiénicos;
b) caminos correctamente macadamizados, orillados de empinadas arboledas y realzados por jardines y vergeles, en perpetua sinfonía de perfumes, trinos y colores;
c) la mejor plaza de toros del Mundo, ostentando doble corona de palcos rematados en un tejado llamativo, con la fachada prolijamente revocada y las ojivas principales ribeteadas de azulejos; y apenumbrados los círculos concéntricos de la inmensa gradería merced a un gigantesco toldo curvilíneo, democratizando la tradicional división de tendidos de la sombra y tendidos del sol;
d) el mejor frontón éuscaro del Mundo, terminado en un simpático teatro y dotado de un bar y un restorán, brindando los manjares más apetecibles y las bebidas más solicitadas;
e) sobre la playa, un hotelazo monumental, a la altura de los mejores de Europa y Estados Unidos de Norte América;
f) un fastuoso casino, circuído de saletas de juego y confortables pasillos;
g) un patio español, preciosa miniatura de los jardines de Granada y Sevilla, encuadrado por un parapeto de arrayanes, con acertada distribución de arriates y bancos revestidos de mosaicos orientales y, en el centro, una poética fuente octogonal, animada por surtidores de iridiscentes linfas cantarinas;
h) un balneario, dotado de comodidades comparables a las de Pocitos, Ramírez y Capurro, con sus pistas de baile y patín recostadas a un artístico templete, armado allí para expendio de comestibles y bebestibles;
i) un parque inglés, con sus respectivas canchas de "tennis", "golf", "bolley ball", etcétera;
j) el actual hipódromo;
k) un estadio de "football", en diapasón con las necesidades de la época;
l) un kiosco de pasatiempos;

m) la mejor fábrica del Río de la Plata de ladrillos sílico-calcáreos, completada por bien montados talleres de carpintería y herrería;
n) un ensayo de fábrica de azulejos, mosáicos, mayólicas y cerámicas, bajo la experta dirección de un técnico traído especialmente de Dalmacia;
ñ) corimbos de chalets y racimos de "bungalows", asomando sus eurítmicas siluetas en medio de las prietas espesuras; y muchedumbre de comercios detallistas, en pleno florecimiento; y
o) Colonia, con la población duplicada o triplicada, rebosante de oro y conectada al Real de San Carlos por intermedio de tres vías;

1) el ferrocarril local;
2) una ruta interior; y
3) una bella costanera, perfectamente iluminada y transitada por ómnibus, tranvías eléctricos y automóviles.

El programa de obras a efectuarse en el paraje fue tan admirable como extraordinario. Y con esto se comprenderá por cuales razones los buenos, los verdaderos hijos de Colonia, —que no son todos—, siempre que escuchan comentar el fatal desenlace del Real de San Carlos, hierven de indignación...

Yo me solidarizo con ellos.

COLONIA Y LAS CORRIDAS DE TOROS

RAZON DE ESTA SEGUNDA PARTE

Es materia de variados comentarios y vehementes controversias la remota posibilidad de que se reimplanten las corridas de toros en el Real de San Carlos, espectáculos estos, que, en lejanos días, provocaron la venida de millares y millares de turistas extranjeros, con los consiguientes beneficios económicos, sociales y financieros para Colonia y comarcas circunvecinas.

Y ha sido retesuficiente que tal proyecto o intención trascendiera para que determinados taurófobos, con limitados conocimientos del tema, evidente superficialidad y amén de criterio equivocado, por contera, hilvanaran toda laya de disquisiciones, las más cargadas de apasionamiento.

La lectura de las mismas estimula esta exposición mía, que desarrollo en los capítulos que subsiguen; exposición elaborada sin ánimo de polémicas, que tengo por hábito no perder mi tiempo prestando atención a quienes no vale la pena.

ZONA DE LAS CORRIDAS DE TOROS

Continuadamente hay corridas de toros en España, en Francia, en Portugal y por el oeste de Estados Unidos de Norte América: en Méjico, en todas las repúblicas centro-americanas, en Venezuela, en Colombia, en Perú, en Ecuador, en Bolivia, en Orán y Argel (Africa) y, con frecuencia, en las Islas Filipinas.

En las provincias de la República Argentina, de cuando en cuando suele torearse; y en la capital del moderno y europeizado Japón ya se descuenta la erección de una bonita plaza de toros, a explotarse por un acaudalado consorcio mejicano-nipón.

Ha de advertir el lector atento y reflexivo que los parajes donde mayormente se mira arraigada la típica fiesta española no son tierras mostrencas, ocupadas transitoriamente por grupos de caníbales, sino países evolucionados, pueblos de conformación cristiana, estados organizados, naciones que marchan en la vanguardia del mundo civilizado.

En cuanto a la pretendida decadencia de la afición por el arte de Bombita y Machaquito, de Gaona, Gallito y Belmonte y de Manolete y Arruza hasta las horas que van corriendo, esa declinación ni se percibe, ni se columbra, ni se barrunta en rincón alguno. Y entre la gama de ejemplos que existen, en robustecimiento de tal afirmación, merece citarse el caso de un encumbrado factor de Sudamtex del Uruguay, quien, en Venezuela, para poder ver actuar a Dominguín, hubo de encargar el billete con veinte días de anticipación, so riesgo de no lograr ni diez centímetros cuadrados en el más incómodo tendido del sol.

CORRIDAS DE TOROS ATEMPERADAS O "HUMANIZADAS"

En Portugal, en las Islas Filipinas, en los Estados Unidos de Norte América y en la Argentina se ha puesto especial cuidado de eliminar de las lidias de reses bravas todos los pasajes susceptibles de impresionar dolorosamente a

las personas sensibles. Los espectáculos taurinos, atemperados o "humanizados", valga la adjetivación de un periodista chileno de sobrados quilates literarios, transcurren en una continua atractividad, sin derramamiento de sangre y sin exhibición de sufrimientos.

En efecto: las fieras, con los cuernos despuntados y embolados, no pueden herir; jamás se mata al toro y, encima, se han prohibido las banderillas de fuego y el rejón de profundidad.

Así, de esta manera, atemperadas o "humanizadas", se realizaron en Montevideo, entre los años 1936 y 1942, seis temporadas de corridas de toros en las que actuaron buenos lidiadores españoles, peruanos y uruguayos. Fueron diversiones pletóricas de vistosismo, alegría y emoción estética; fueron fiestas sevillanas a las cuales acudieron entusiastamente las más linajudas familias compatriotas y crecido número de turistas, dando lugar, con ello, a interesantes reuniones de singular jerarquía social.

BELLEZA DE LAS CORRIDAS DE TOROS

...Y digan sus detractores cuanto les venga en talante, que no hay fiesta popular tan multiforme en belleza física como las corridas de toros.

La armonía arquitectónica del anfiteatro es admirable; y el panorama integral de la plaza, contemplado desde la altura, impresiona como una gigantesca pandereta invertida en medio de una enorme canasta de flores, blandamente acariciadas por el céfiro...

El ambiente del coliseo respírase impregnado de alegría, de ansiedad. Un sol esplendoroso enciende en oro vivo el amplio recinto y vibra a cada rato la música inspirada de los pasodobles. Hasta las mujeres, con claveles y rosas en los cabellos, parecen acrecentar su exquisita femenidad, añadiendo a sus naturales encantos el hechizo de las mantillas o la aristocracia de los mantones de Manila.

El desfile de las cuadrillas semeja un torrente de plata, oro y pedrerías: chispean los alamares de los trajes de luces como si los hubieran aprestado con polvo de estrellas; ostentan los capotes de paseo primorosos bordados y filigranas de lentejuelas; y las jacas andaluzas de los rejoneadores y los caballos árabes de los alguaciles remedan esculturas de caoba y de ébano, que se mueven acompasadamente.

Y cuando baja al marfileño terciopelo circular de la arena la figura soberbia, impresionante y fiera del toro de lidia, principia la dinámica de un acto que se resuelve en derroches de técnica, de elegancia, de valentía. Cada quite es la animación de un óleo de Casero; cada lance de capa, un dechado de majestuosidad; cada pase de muleta una explosión de colorido... Aquello es algo que electriza, que fascina...

No en vano la deslumbrante magnificencia de las corridas de toros ha sido transportada a la tela, al pentagrama, a las tablas, a la pantalla y a la imprenta. Y se comprende perfectmente por cual razón pléyade de literatos de renombre, americanos y extracontinentales, hayan exaltado la gracia y policromía de cada tercio, con expresiones que rezuman, simultáneamente, entusiasmo y admiración.

CRITICAS QUE SE HACEN A LAS CORRIDAS DE TOROS

A los sensibleros poco o nada debe creérseles. En visible mayoría son hábiles simuladores de una bondad de corazón que harto distan de poseer.

Trátase, por lo común, de eminentes catedráticos en la ciencia de disfrazar su verdadero ego.

¡Cuántas matronas de asociaciones protectoras de animales, de venerable aspecto, predicadoras de hechura apostólica, que en público aparentan ser panales de amor y misericordia con los inocentes irracionales, resulta que en privado se comportan con egoísmo y dureza rayana en la crueldad con sus propios semejantes, llámeseles sirvientas, empleados o como fuere! Beppo Tarocco Trifoglia zurció horrores acerca de la "sanguinaria diversione spagnuola", y un buen día la policía romana descubrió que el hiperestésico hidalgo era nada menos que un angelical... mafioso...!

En vez, son respetables y, por ende, muy atendibles, las impugnaciones formuladas por personas equilibradas y sinceras; impugnaciones nacidas de reales estados de conciencia. A los fanáticos y a los parlanchines no hay ni que escucharlos; a esas personas, sí.

Tres críticas principales atacan las lidias de reses bravas:

a) la matanza de caballos;
b) los sufrimientos del toro; y
c) la muerte del toro.

El primer problema, felizmente, ha sido solucionado. Desde el gobierno del bienintencionado General Primo de Rivera hasta hoy, a los caballos se les ata fuertes petos y barrigueras protectores. El destripamiento de jamelgos, que antaño fuera plato obligado, hasta en las becerradas de aldea, hogaño hase convertido en hecho accidental, en mera casualidad. Tan es así que el acopio de matungos para el coso, pingüe negocio en épocas pretéritas, hoy, desde el punto de vista lucrativo, se ha desacreditado.

La muerte del toro, tengo para mí, que podría ahorrarse sin que con ello se empañe el interés de la fiesta. Este final que, en jerga tauromáquica, denominase "hora de la verdad", es amalgama de valentía, destreza y poca gracia estética. En cambio, suele acontecer alguna vez que, por inhabilidad, dificultades o lo que fuere, el matador no tumba al bicho de la primer estocada. Entonces, es menester herirlo nuevamente una o dos veces más... El animal camina dificultosamente, se tambalea y echa sangre por la boca. No hay dudas de que es una visión desagradable, que concluye por mover a piedad.

Con respecto a los sufrimientos del toro, me remito a lo estampado en el capítulo precedente.

En lugar de arrasar todos los ruedos taurinos y, en un ímpetu de furor genocida, exterminar a todos los partidarios del toreo, tal cual debe de ser el desideratum de cierta malhablada yunta ensucia-cuartillas, en vez de todo eso, repito, en Portugal, en los Estados Unidos de Norte América, en las Filipinas, en la Argentina y, en lustros retropróximos, en nuestra propia Montevideo, las autoridades municipales, obrando con laudable sensatez, obligaron a quitar de las lidias de reses bravas todos los aspectos lamentables, transformando las mismas en cautivantes pasatiempos, sin derramamientos de sangre ni exhibición de torturas. Pasatiempos a tono con la posición espiritual de las personas más humanitarias y susceptibles de ser presenciados, inclusive, por niños de corta edad.

LAS CORRIDAS DE TOROS EN COLONIA

Colonia, insistentemente y de todas maneras, ha reclamado el restablecimiento de las corridas de toros en el Real de San Carlos.

Los colonienses que hoy huellan el umbral de los sesenta años o que ya han traspuesto tan indeseable mojón de la vida, con fidelidad recuerdan que en ocasión de la visita del que fuera a la sazón Presidente de la República, creo que el Doctor Feliciano Viera, en todos los muros de la ciudad de Colonia, habíanse fijado enormes carteles con esta defectuosa leyenda: "Señor Presidente: ¡Queremos toros!"

En el año 1926, el ex diputado Don Rogelio V. Mendiondo presentó en la Cámara de Representantes un proyecto tendiente a restituir a Colonia su antiguo esplendor financiero y turístico, cimentado en la derogación de la ley que prohibía la fiesta española.

No embargante y por excepción, en esa única oportunidad, tal vez por cansancio y desaliento o pesimismo, Colonia adoptó una inconcebible posición de indiferencia. El proyecto construído en su favor contó apenas con el apoyo de la prensa montevideana y la colaboración del Centro Taurino Guerrita. Y en el momento de jugarse su suerte cosechó escasos votos afirmativos.

Los antecedentes de estas manifestaciones pueden analizarse, también, en la Biblioteca Nacional.

Allá, por el año 1935, ya modificado el clima político nacional, tuvo lugar en el Hotel-Casino del Real de San Carlos un trascendental almuerzo-asamblea organizado por los hijos de Colonia, con rumbo a coordinar y unificar esfuerzos en pro del Departamento.

Invitóse muy especialmente a personajes de los estratos superiores de nuestros poderes públicos; y acudieron a la cita una selecta delegación argentina, varios miembros del Centro Guerrita y los más conspicuos lugareños.

Fue un día de amables remembranzas, no desteñidas de mi espíritu por el decurso de veintiocho años...

Bajo la maravillosa cúpula de un límpido cielo intensamente azul, con diáfana atmósfera y con un sol radiante, que bañaba en clara luminosidad el paraje, en los boscosos y abandonados jardines del Real de San Carlos, saturados de una como evocadora fragancia de señorial abolengo, fue servido un sabroso aperitivo. Después la animada concurrencia se trasladó a los vastos comedores que parecieron revivir, por espacio de breves horas, el alborozado bullicio y la rumbosa exuberancia de un pasado de profusión, constelado de indelebles recuerdos.

El almuerzo estuvo impecable.

Al instante del café y los habanos, principiaron los discursos. Abrió la sesión el periodista señor Enrique Queirolo, siguiéndole en el uso de la palabra el Constituyente doctor Félix Polleri. Acreditados oradores jerarquizaron la reunión con sendas exposiciones de sápida sustancia y magistral envoltura y, por último, prendieron broches de oro al acto bellas improvisaciones del doctor Manuel Tiscornia, años luego acertado Ministro del Interior y del doctor Alfredo Navarro, por entonces Vice Presidente de la Nación.

Descolló en la asamblea, por su forma y contenido, el discurso del doctor Ramón Guerrero Flores. Fue una notable pieza oratoria y, concomitantemente, una defensa de excelsa valía de los derechos de Colonia. El doctor Guerrero Flores fue repetidamente, estruendosamente ovacionado.

Y del discurso ríspido, —ríspido e intempestivo—, se encargó un erudito

empresario coloniense, radicado en Buenos Aires, donde falleció poco después, según rumores hasta mi llegados. La alocución de dicha persona fue violenta, con caídas al desentono y frecuentes desviaciones; pero acaso muy sincera y repleta de verdades. Y era evidente que sus palabras emergían de lo más recóndito de sus sentimientos, grávidas de amargura.

Sin ambages ni circunloquios, el orador bramó que Colonia era la Cenicienta del Uruguay. Demostrando sorprendente versación de los problemas locales y exacto sentido del progreso, enumeró las desdichas y desilusiones de su amado terruño natal, lamentando el súbito aborto de la incipiente prosperidad del mismo. Y con acierto sumo engastó en su discurso reparos de sus coterráneos, insistiendo, acentuadamente, sobre concretas reflexiones y advertencias de Don Alejandro Otaegui, que calificó de muy criteriosas.

Al referirse al Barrio Colonial el expositor estalló de patriótica indignación. Como botón de muestra, se transcriben los subsiguientes párrafos suyos, en oportunidad taquigrafiados:

. . . . . .

. . . . . .

"El brutal materialismo de una Administración Pública sin corazón e irrespetuosa y desconsiderada con Colonia, derribó sin necesidad la mitad de esa gloriosa reliquia histórica... Y el resto, señores, de esa infamia, de ese atentado lo estamos cometiendo nosotros mismos. ¡Sí, señores, nosotros mismos, los colonienses!, con nuestra incorregible apatía, con nuestra incurable despreocupación, con nuestra desunión, con nuestro irritante desamor para los más caros tesoros de nuestro querido solar.

Da grima tener que hablar así; pero es lo cierto".

. . . . . .

. . . . . .

* * *

Yo asistí hace veintiocho años a tan simpática congregación, invitado personalmente y, además, representando al Coronel Marcelino Elgue, por aquellos días Jefe de Policía de Montevideo y hombre de confianza del estadista doctor Gabriel Terra, Presidente de la Nación.

Este militar, hijo de Colonia, me pidió, si la oportunidad cuajaba, que hiciera uso de la palabra en nombre suyo y, además, me recomendó que le trajera un resumen o extracto de las conclusiones y resoluciones de la asamblea, interesadísimo en las mismas.

La síntesis de todo lo tratado fue cumplida y hasta hoy conservo un duplicado de ella en mi bufete. Lo que se transcribe a continuación, discriminado en sus respectivos numerales, es como el zumo concentrado de cuanto se habló, recordó, discutió, deliberó y aseveró durante aquella memorable jornada.

Hela ahí, lector:

1) Que hubo una época en que vapores tras vapores arrojaban sobre el muelle del Real de San Carlos millares y millares de turistas de la más esclarecida sociedad argentina. Venían, adrede, en colosales y bullangueras caravanas a disfrutar de los espectáculos del lugar. Y soltaban billetes y monedas de oro que era un prodigio.

Al mismo tiempo, convoyes de Montevideo y del Interior, reventando de pasajeros, completaban la fabulosa cantidad de visitantes que arribaban, domingo a domingo, a Colonia.

2) Que suprimidas las corridas de toros, igual que la columna de mercurio de un termómetro retirado del foco del calor, el volumen numérico de aquella extraordinaria muchedumbre bajó inmediatamente, hasta reducirse a un concreto y pequeño tropel de jugadores. Lo más seleccionado del turismo y lo más copioso y conveniente desistió de volver. Quedó para siempre allende las riberas del estuario.

Este fenómeno tuvo su explicación.

Dentro de los más consecuentes viajeros contábase un respetable núcleo de bancarios, de administradores públicos, de recaudadores, de altos funcionarios mercantiles; y es evidente que a todos ellos, frente a sus superiores y patrones, resultábales asaz comprometedor confundirse con la falange de timberos que sólo venían a jugar. "Dime con quien andas y te diré quien eres". ¿Comprendes, lector?...

Y corolario de lo que antecede, sin el embozo o disfraz de los festejos, en el Real de San Carlos quedó la timba desnuda, el tapete desguarnecido. Y eso lo observaban en silencio los economistas argentinos... Y eso lo avizoraban en silencio, —en su magnitud y derivaciones—, los juiciosos economistas argentinos...

3) Que los espectáculos taurinos que hubo en el Real de San Carlos fueron con reses emboladas y, encima, no se sacrificaba a los toros. De allí lo antojadizo e irreflexivo de su prohibición.

4) Que la "horrenda matanza de toros y caballos", comentada por un periodista capitalino, fue inexacta por los cuatro costados. O el articulista fue desastrosamente informado (cosa nada difícil) o bien esa noche comió y bebió con exceso; y al día siguiente, con mengua de la seriedad del rotativo que dió hospitalidad a su suelto, zampó en las columnas del mismo los pavorosos fantasmas que desfilaron por su predio mental bajo el imperio de la pesadilla.

5) Que la carretera Montevideo - Colonia, considerada desde cierto ángulo social, ha sido contraproducente. Varios colonienses la bautizaron con el mote de "tubo de succión turístico". En efecto: los viajeros, apenas huellan la costa de Colonia se abalanzan sobre los ómnibus y automóviles y escapan hacia la Metrópoli o el Este. Y eso acontece porque hoy Colonia hállase huérfana de atractivos especiales, que los tuvo otrora. Nada particular hay para atraerlos.

6) Que en Buenos Aires vive una colonia española de pura cepa que no baja de doscientas mil personas; que las corridas de toros continúan siendo la típica y tradicional fiesta ibérica; y que bastaría el anuncio de que ha sido contratado para actuar un Ortega, un Armillita, un Zolórzano, para que una incontenible avalancha de aficionados, cruzando el río, inundaran hasta el desborde el vasto coliseo.

Tales, las conclusiones de la reunión.

* * *

Finalizado el magnífico ágape, el crecido grupo de comensales, en parleros corrillos, se diseminó por las graderías de la Plaza, del Frontón y por la avenida al muelle. Muchos nombres ya citados vibraron a flor de labios de

los mismos y muchas hazañas fueron rememoradas... Luego comenzó el desbande. Primeramente partió un ómnibus; en seguida arrancaron dos o tres automóviles; después se fue el otro ómnibus; luego marchó otro automóvil... y otro más... y otro más... Yo fui el último en alejarme de allí, en tanto que un mozo trancaba las puertas del Hotel...

Dí una vueltecica por la que fuera manzana de discordia entre Portugal y España, mercando algunas golosinas para llevárselas a mi querido Alvarito; y, por fin, dispuse el regreso a la Capital. Pero, al entrar en la carretera, mancomunados mi alma, mi corazón y mis ojos, exigieron imperiosamente ver una vez más aquel paradisíaco rincón, que llevo incrustadísimo en mis sentimientos, porque su nombre y sus caminos me traen dulces recuerdos de mi dichosa infancia, junto a mis cariñosos y abnegados padres, ejemplares como tales y ejemplares como personas.

Ordené al chófer retornar al Real de San Carlos.

Cuando llegué, no se veía un ser humano. Por doquiera reinaba la más penetrante calma de soledad...

La tarde descendía con suave melancolía sobre la mansedumbre del panorama desierto. Bajo las magnolias, los naranjos y las palmeras reales del jardín las sombras aumentaban, estimulando la salmodia de los grillos. Triste aroma de abandono y olvido se evadía de los senderos, tapizados de hojarascas; y todo se aquietaba en la solemne paz de la oración. Asimétrica procesión de ánades cruzó el lívido firmamento y se desvaneció entre las brumas solferinas del Poniente. Y, por último, el sol, antes de hundirse para siempre en el cristal bruñido del grandioso río, se despedía del paisaje, estampando un doliente y largo beso de oro en los ventanales del Frontón, en las inmóviles cimas de los plátanos, en las cornisas del Hotel y en las árabes ojivas de la imponente Plaza de Toros.

F I N

En "Villa Anahí". { Junio 19 de 1963. / Junio 29 de 1963.

PROXIMAMENTE

aparecerá el segundo libro, "Resonancias del Real de San Carlos", seguido de un apéndice, donde el autor detallará minuciosamente todas las fuentes de información en que basó su trabajo.

JUAN JACKSON 1390